

Economía de la felicidad

François Fénelon, a quien se atribuye la acuñación de la triada “libertad, igualdad y fraternidad”, escribió una carta histórica dirigida al Rey Luis XIV, que se estudia en los centros educativos franceses. En un párrafo notable, decía lo siguiente, que bien podría aplicarse hoy a nuestras instituciones:

“El pueblo, que os ha querido tanto, que ha tenido tanta confianza en Vos, empieza a perder la amistad, la confianza, e incluso el respeto.”

Italo Calvino puso en boca de Marco Polo, en el último párrafo del libro “Las ciudades invisibles”, estas palabras:

“El infierno de los vivos no es algo que será; hay uno, es aquel que existe ya aquí, el infierno que habitamos todos los días, que formamos estando juntos. Hay dos maneras de no sufrirlo. La primera es fácil para muchos: aceptar el infierno y volverse parte de él hasta el punto de no verlo más. La segunda es peligrosa y exige atención y aprendizaje continuos: buscar y saber reconocer quién y qué, en medio del infierno, no es infierno, y hacerlo durar, y darle espacio.”

Estamos atravesando una época terrible y triste, la primera en cuarenta años en que una mayoría de los ciudadanos viven peor de lo que vivían con anterioridad. Pero siempre ha habido momentos de crisis, y hemos sido capaces de superarlos. Hablar de una economía de la felicidad puede sonar ingenuo. Pero prueben a escuchar cómo suena la economía de la infelicidad, que es nuestro sistema dominante. Posiblemente, hablar de felicidad adquiere más sentido cuanto más ausente está. Creo que en la actualidad tenemos la obligación moral de reconocer aquello que no es infelicidad, aquello que no es infierno, para hacerlo durar, para darle espacio, para que las personas puedan ampliar y ocupar ese espacio que no es infernal, para construir entre todos un nuevo modelo.

Me propongo hablar de tres cuestiones sucesivas que tienen que ver con esto. Por un lado, mencionaré algunos grandes desafíos, y cómo la sofisticación de la realidad contemporánea plantea retos ingentes a nuestra comunidad, tanto a escala individual como colectiva. En segundo lugar, quisiera compartir unas cuantas reflexiones acerca del significado profundo del concepto de desarrollo, y cómo podemos abordarlo con éxito en nuestros días. Para terminar, me atreveré a formular tres propuestas concretas de actuación.

Los retos que debemos abordar para construir una economía de la felicidad

El sociólogo Zygmunt Bauman considera que estamos transitando desde una modernidad sólida hacia una líquida, donde todo es inestable, y “las estructuras e instituciones sociales se descomponen y se derriten antes de que contemos con el tiempo necesario para asumirlas”. Bauman piensa que con la erosión progresiva del Estado del bienestar “se ha dejado en manos de los individuos la búsqueda, la detección y la práctica de soluciones individuales a problemas originados por la sociedad”, y opina que los ciudadanos y sus representantes electos se enfrentan a una “tarea imposible: encontrar soluciones locales a problemas engendrados globalmente”. Vivimos un divorcio entre el poder y la política. La política sigue siendo local, igual que era en el siglo XX, mientras que el poder real es extraterritorial y más bien líquido, imposible que atrapar con las manos.

De estos problemas globales que ponen en seria cuestión nuestra legítima ambición de libertad, igualdad, fraternidad y felicidad, me gustaría resaltar tres que nos afectan muy directamente en Extremadura y España: la evolución demográfica, el aumento de la desigualdad, y la complejidad contemporánea como generadora de nuevas discapacidades.

Nos enfrentamos a las consecuencias de tendencias demográficas que cuestionan, en Europa y en otras zonas desarrolladas del Planeta, el Estado del bienestar, afectando seriamente a sus programas más importantes: educación, sanidad, desempleo y pensiones. En Extremadura, este problema es especialmente acuciante, debido a nuestra escasa densidad de habitantes. Por primera vez en la historia de Occidente se ha invertido la pirámide de población, y hay más personas mayores de 60 años que menores de 20, creando escenarios futuros de pesadilla, inimaginables hace unos años, opinan Guillén y Ontiveros. Un escenario de pesadilla podría ser la fuga masiva de los profesionales jóvenes de Europa y Japón, abandonando sus países de origen para evitar pagar las gigantescas deudas nacionales y los costes de pensiones y de asistencia sanitaria, dado que estos jóvenes profesionales son grupos de edad minoritarios en términos electorales. Las generaciones recientes ya no parten, como las anteriores, de lo logrado por sus padres, para ir más allá, sino que tratan de alcanzar y mantener en lo posible las condiciones bajo las que han vivido. No miran al futuro, sino que están replegadas y a la defensiva. “Nadie se siente seguro hoy. Nadie confía en el porvenir”, aseguraba hace algunos días en un periódico español Zygmunt Bauman. Estamos en pleno repliegue, regresando a cotas de desequilibrio que creíamos haber abandonado para siempre. En los treinta años posteriores a la Segunda Guerra Mundial las políticas estatales intentaron que aumentase la riqueza total, pero también que su distribución alcanzase al mayor número de gente posible, de modo que cada vez más personas pudieran incorporarse a una situación de

bienestar. Sin embargo, a partir de los años 1970, esa tendencia cambió de sentido, acelerándose ahora de modo preocupante. En las sociedades de mediados del siglo XX existía toda una amplia clase media que miraba confiada hacia el futuro, en el cual se veían viviendo mejor, y un menguante proletariado integrado por personas que vivían muy cerca o por debajo de la línea de pobreza. Pero hoy, dice Bauman, “esa distinción se está borrando. La clase media y los proletarios forman parte ya de una nueva clase conjunta: el precariado, gente que no está segura de su futuro”. La evolución demográfica ha tenido como consecuencia un agravamiento de la incertidumbre.

Y en este mundo y en esta época líquidos, a pesar de la gravedad de situaciones como las del medio ambiente y los recursos no renovables, las pandemias, los integristas y los estados fallidos, el mayor riesgo posiblemente provenga del aumento de las desigualdades entre las personas, que a lo largo del presente siglo no han dejado de ir a más. Hoy, la riqueza de una sola de las 80 personas más ricas del planeta equivale a la de 42 millones de las más pobres. Hoy, de entre las 150 entidades económicas más grandes del mundo, el 60% son empresas, no Estados ⁽¹⁾. Hace casi setenta años, Karl Polanyi escribía en su obra “La gran transformación” que si bien por un lado las desigualdades son fundamentales para asegurar el dinamismo de los mercados, por otro lado, si no se moderan, pueden socavar la “esencia de la sociedad”. O como explicó OXFAM a los participantes en último Foro Económico Mundial de Davos, “un cierto grado de desigualdad económica estimula el progreso y el crecimiento, y así el sistema recompensa a las personas con talento, que se han esforzado por desarrollar sus habilidades y que tienen la ambición necesaria para innovar y asumir riesgos empresariales. Sin embargo, la extrema concentración de riqueza que vivimos en la actualidad amenaza con impedir que millones de personas puedan materializar los frutos de su talento y esfuerzo”.

El propio Papa Francisco ha señalado que “la crisis financiera que atravesamos nos hace olvidar que en su origen hay una profunda crisis antropológica: ¡la negación de la primacía del ser humano! Hemos creado nuevos ídolos. La adoración del antiguo becerro de oro ha encontrado una versión nueva y despiadada en el fetichismo del dinero y en la dictadura de la economía sin un rostro y sin un objetivo verdaderamente humanos”. Wilkinson y Pickett muestran que la calidad de vida de una sociedad no se debe medir a través del ingreso medio, sino mediante el grado de desigualdad en los ingresos. El ingreso medio, como el ser humano medio, no existen, son ficciones estadísticas. El alcoholismo, la violencia, la criminalidad y demás patologías sociales aumentan cuando lo hacen las desigualdades, aunque la riqueza global se incremente. Las sociedades más desiguales son malas para todos, incluidos los más ricos, porque generan enorme inseguridad.

1) Global Trends, “Informe de tendencias globales corporativas 2013”

Tras la incertidumbre agravada por el cambio demográfico y la desigualdad, el tercer reto que me parece necesario destacar es cómo la creciente complejidad en nuestros días genera nuevas discapacidades. Ya he mencionado antes que la sofisticación de la realidad contemporánea plantea retos enormes a escala tanto individual como colectiva. Las capacidades necesarias son más y más difíciles y costosas de adquirir. Nuestros sistemas de educación y formación están enfocados a suministrar conocimiento, pero son muy poco efectivos suministrando competencias o capacidades imprescindibles. Incluso, en muchas ocasiones, la rigidez del sistema elimina competencias innatas en los alumnos. Y una mención al informe PISA: no se obsesionen demasiado con él, porque no es tampoco la piedra filosofal; mide bien algunas cosas, pero no mide la creatividad, la capacidad de trabajo en equipo, la generosidad o el emprendimiento, ni muchas otras capacidades esenciales.

¿De qué hablo cuando me refiero a competencias o capacidades necesarias para afrontar la complejidad? El Phoenix Research Institute, en su informe “Habilidades necesarias para el trabajador futuro”, menciona 10 competencias clave para el trabajador futuro en nuestra sociedad del conocimiento, una sociedad donde el problema ya no es, como antes, la falta, sino el exceso de información:

- (1) Dar Sentido: es la capacidad de determinar el significado más profundo o significativo de un contenido dado, de sintetizar los puntos clave.
- (2) Inteligencia Social: capacidad de conectar con los demás de una manera profunda y directa, para detectar y estimular las reacciones e interacciones deseadas. Es una habilidad clave para colaborar.
- (3) Pensamiento adaptativo: habilidad de dar con soluciones y respuestas más allá de lo rutinario o basada en reglas, aplicando innovación y creatividad.
- (4) Competencias interculturales: capacidad de funcionar en diferentes entornos culturales, con habilidades lingüísticas, y adaptándose a las circunstancias cambiantes.
- (5) Pensamiento computacional: capacidad de traducir grandes cantidades de datos a conceptos abstractos, y de razonar utilizando muchas variables. Supone invertir el método habitual que viene utilizando el sistema educativo: pasar de lo deductivo a lo inductivo; pasar de la instrucción, de entregar contenidos, a fomentar la indagación.
- (6) Alfabetización en nuevos medios: capacidad tanto de evaluar críticamente, como de crear contenidos, mediante nuevos medios de comunicación.
- (7) Transdisciplinariedad: capacidad para entender conceptos a través de múltiples disciplinas. El conocimiento del trabajador ideal de la próxima década tiene forma de “T”, ya que poseen un profundo conocimiento de al menos un área, pero tienen la capacidad de conversar en el lenguaje de una amplia gama de disciplinas. Esto requiere curiosidad, y seguir aprendiendo permanentemente.
- (8) Mentalidad de Diseño: capacidad de representar y desarrollar tareas y procesos

de trabajo, para lograr resultados de manera autónoma.

- (9) Gestión de la carga cognitiva: capacidad de filtrar la información importante, y para aprovechar al máximo el conocimiento circulante mediante variadas herramientas y técnicas, elevándose por encima del “ruido”.
- (10) Colaboración virtual: capacidad para trabajar, impulsar la participación, y demostrar la presencia como miembro de un equipo virtual. Las TIC permiten compartir ideas y ser productivo a pesar de la separación física.

Una enumeración de capacidades como la descrita deja al descubierto nuestras limitaciones. Con todo respeto al concepto, y a las realidades que hasta la fecha han dado origen a la noción de “Discapacidad”, enumeraré ahora una serie de nuevas Discapacidades contemporáneas nacidas del intenso proceso de globalización y liquidificación de nuestro mundo, que actúan como límites reales, tangibles e intangibles, para las potencialidades profesionales y de otros tipos, y para lograr la felicidad de las personas:

- la discapacidad emprendedora de muchos grupos de población, muchas veces agravada por las propias instituciones, como insistiré más adelante.
- La discapacidad digital, en especial el uso de los medios en condición de productores, y no solo como consumidores. A esta situación de uso pobre de las TIC, se suma la paradójica incapacidad de comunicación y empatía con el entorno físico que se genera en muchas personas, cuando se combinan la intoxicación informativa y la dificultad para discernir dónde termina la realidad virtual.
- Las discapacidades lingüísticas en idiomas (incluyendo el materno), en lenguaje matemático y en lenguaje visual. Este último aspecto, el visual, es especialmente difícil de aprehender, porque no somos aún conscientes de los efectos del proceso de concentración global de imágenes y estereotipos en que estamos inmersos.
- Discapacidad de trabajo en colaboración: la colaboración no es algo sencillo en absoluto, y requiere de técnicas, normas, y un serio entrenamiento para ser efectiva.
- Discapacidad de no disponer de una visión holística, y no comprender la complejidad, ni cómo funcionan los sistemas, en una era de interdependencias crecientes.
- Discapacidad crítica y discapacidad democrática, que se explican solas y están íntimamente relacionadas, también con las que expongo a continuación.
- Discapacidad responsable y ética: se ha producido la ruptura del pacto no escrito según el cual los privilegios conllevaban obligaciones frente a los demás, frente a la comunidad, especialmente por parte de los más capaces y poderosos, pero también por parte de los beneficiarios de toda ayuda pública. Los privilegios y los derechos conllevan siempre obligaciones, en proporción adecuada a esos derechos y privilegios, que podemos resumir como responsabilidades: personales, cívicas, sociales, políticas, y corporativas.

- Discapacidad de asumir la diversidad: diversos estudios, como los del economista Richard Florida, han podido establecer una correlación directa y positiva entre territorios creativos, tolerantes y diversos, y su grado de desarrollo.
- Discapacidad financiera de las familias y las pequeñas empresas: incapacidad de comprender la deuda y sus efectos, de generar y conservar los recursos económicos, incluidos los recursos energéticos.
- Para finalizar, la Discapacidad poética de nuestros tiempos, porque casi todo tiene que ser “útil” en un sentido ruín de la palabra, y es muy necesario generar entornos verdaderamente adecuados para que aflore la creatividad. Eugène Ionesco describió esta situación: “El hombre moderno, universal, es el hombre apurado, no tiene tiempo, es prisionero de la necesidad, no comprende que algo pueda no ser útil; no comprende tampoco que, en el fondo, lo útil puede ser un peso inútil, agobiante. Un país donde no se comprende el arte es un país de esclavos o de robots, un país de gente desdichada, de gente que no ríe ni sonrío, un país sin espíritu; donde no hay humorismo, donde no hay risa, hay cólera y odio”.

Estas nuevas discapacidades, propias de las sociedades complejas actuales, a veces se superponen, haciéndolas aún más dolorosas e intensas, a las que solemos concebir como tales y han venido siendo objeto de merecida atención por parte de las instituciones durante el siglo pasado: la Pobreza, y las Discapacidades físicas y psíquicas. Sin embargo, vistas desde su lado más optimista, evidencian nuevos horizontes, en un escenario de discapacidades generalizadas, para colectivos que tienen enormes capacidades, si somos capaces de entender el desarrollo desde un nuevo punto de vista, mucho más integrador.

Qué es verdadero desarrollo, y cómo lograrlo

El cambio originado por las actuales circunstancias debe llevarnos a concebir el desarrollo de una manera diferente a la que veníamos aceptando hasta ahora como correcta y deseable. Y debemos asumir también que la forma utilizada habitualmente para medir nuestro grado de desarrollo, el PIB, se queda corta para plantear diseños y objetivos de futuro en el complejo mundo actual.

Una economía basada en la felicidad debería ser capaz de crecer asegurando el más amplio bienestar para las personas, y ese bienestar debería ser fundamento del crecimiento sostenible, inteligente e integrador de la economía, en un proceso circular. En tal proceso circular no debemos confundir el fin con los medios. Nuestro fin es una vida feliz en verdadera igualdad, libertad y fraternidad; uno de nuestros medios para alcanzar este fin es la actividad económica, que no debería conducirnos a

tener a secas, sino a tener una vida mejor, superando incertidumbres, iniquidades, inseguridades y discapacidades.

Sigmund Freud planteó en su obra “El malestar en la cultura” el conflicto entre la felicidad egoísta y la felicidad comunitaria. La primera pone el acento en materializar los deseos personales; la segunda, en la unión con los demás, dentro de la comunidad. Este antagonismo es paralelo al que existe entre instintos y cultura. La solución de Freud pasa por rebajar los planteamientos desde ambos polos para permitir la confluencia de los contrarios en un punto intermedio, combinando el interés personal con el interés social.

Las teorías según las cuales vivimos en un mundo mejor porque hay más riqueza global son, simplemente, falsas. Jamás hemos tenido igual grado de riqueza, pero a la vez jamás hemos estado tan endeudados, ni hemos sufrido recientemente tanta incertidumbre, desigualdad, inseguridad y discapacidad. En palabras del gobernador del estado norteamericano de Mariland, Martin O’Malley ⁽²⁾, “No todo el crecimiento es bueno”. Sólo es bueno el crecimiento que tiene efectos beneficiosos sobre toda la comunidad donde origina. Es fundamental distinguir entre el crecimiento y el genuino progreso de un país o de una región. En Mariland, han escogido utilizar una herramienta novedosa para diseñar y medir su desarrollo, el Genuine Progress Indicator (GPI o Indicador de Verdadero Progreso), porque ninguna comparación, ninguna medida, ningún indicador son suficientes para mostrar el cuadro completo del progreso de una ciudad, estado o país. De la misma forma que no estaríamos contentos con ver una sola nota en las cartillas escolares de nuestros hijos, o ver cómo avanza sólo uno de nuestros hijos en el colegio mientras los demás fracasan, en Mariland consideran que el PIB es una medida importante, pero no puede ser la única. Es un test apropiado del nivel de colesterol de una región, pero nos interesa conocer también su presión sanguínea, su tasa de azúcar y otras muchas variables.

El economista y premio nobel de economía A.K. Sen piensa que riqueza y pobreza son relativos. La verdadera pobreza no se encuentra en el ámbito de las cosas, sino de las capacidades. Sin obviar aquellas diferencias matemáticas de desarrollo entre naciones o regiones que se miden con el PIB, Sen relativiza y enriquece la noción de desarrollo, dotándolo de una perspectiva centrada en las personas, e identificando el crecimiento económico con la salvaguarda del interés individual y social. La distinción entre el crecimiento económico como fin, y el crecimiento como medio para alcanzar desarrollo es crucial, y ayuda a situar convenientemente a las personas y a las instituciones dentro de los procesos que conducen al desarrollo, un desarrollo que no puede ser sólo el crecimiento del PIB. Alfred Marshall, padre de la economía moderna, lo dejó escrito: “La economía es, por un lado, un estudio de la riqueza; y por el otro lado, aún más importante, una parte del estudio del hombre”.

2 <http://www.governor.maryland.gov/blog/?p=8837>

El verdadero desarrollo no consiste en la acumulación de cosas, sino que ocurre cuando todos los miembros de una comunidad, local o regional, pueden desarrollarse en todos aquellos aspectos de sus vidas que libremente desean. Las ideas de Sen se resumen en una noción suya muy clara: el desarrollo entendido como “libertad”. Sen se sitúa en el campo de los que perciben el desarrollo como un proceso esencialmente amistoso, frente a las escuelas de pensamiento que lo entienden como un proceso duro, dialéctico y programado. La libertad es el fin, y a la vez el medio principal del desarrollo. Libertad es poder evitar privaciones como el hambre, la malnutrición o la muerte prematura, y vivir en la forma en que uno desea vivir. Esta libertad esencial de vivir como uno quiere está determinada por una serie de libertades “instrumentales” o capacidades que la condicionan: facilidades económicas, alfabetización, participación política, libertad de expresión, oportunidades sociales, garantías de transparencia y seguridad... Las libertades y capacidades individuales dependen de acuerdos políticos, sociales y económicos, y de la protección que les brinden las instituciones. Visto así, el desarrollo puede definirse como “el proceso de ampliar las libertades y las capacidades de las personas para hacer y para elegir”.

En un sistema democrático, el ejercicio correcto y armonioso de las libertades, eso que llamamos gobernanza de las cosas públicas y privadas, corresponde a las instituciones. Pero el énfasis actual en la necesidad de buena gobernanza coincide irónicamente, para Guillén y Ontiveros, con un fuerte decrecimiento de la capacidad y la legitimidad de los estados, lo que limita muy seriamente nuestras posibilidades, en tanto que comunidades, para resolver los graves problemas sociales y económicos que padecemos. Probablemente, opinan estos dos economistas, el siglo XXI será un período de reducción de la capacidad estatal, por razones y presiones de origen ideológico, político, demográfico y financiero, al diluirse los poderes tradicionales por efecto de la globalización. No es casual que ahora tengamos tantas instituciones débiles y desprestigiadas, que son además frágiles porque aborrecen la volatilidad, la aleatoriedad, la incertidumbre, el desorden... en palabras de Nassim N. Taleb, es necesario que las instituciones privadas y públicas adopten nuevas posiciones y formas “antifrágiles”, es decir, no robustas o blindadas como armaduras, sino adaptativas: estructuras y modos de hacer capaces de asumir bien la volatilidad, la liquidez de nuestros tiempos, y centradas en las personas.

Si aceptamos las aseveraciones anteriores, el papel esencial de las instituciones para el desarrollo actual será, en mi opinión, generar las condiciones a fin de permitir, a personas y organizaciones, la adquisición masiva de capacidades. Instituciones públicas y privadas no podemos ser, como parece hoy en día a la vista de las encuestas del CIS, el problema, sino que debemos ser la solución. Pero, al mismo tiempo, no podemos limitarnos a proveer la solución, porque nuestra capacidad se ve desbordada por la propia dinámica del mundo. No podemos intentar dar todos los peces a todos. Debemos restringir los peces para ofrecerlos sin dudar en situaciones

de necesidad y urgencia, pero es muy importante ofrecer además a todos los recursos necesarios para aprender a pescar. Nuestra sociedad necesita de instituciones realmente útiles y solventes, y nuestras instituciones necesitan de una sociedad realmente capaz y comprometida con su propia comunidad, una sociedad que refuerce a sus instituciones, en un verdadero proceso circular de co-creación y co-desarrollo entre personas e instituciones, entre lo privado, lo público y lo cívico.

Necesitamos personas y organizaciones emprendedoras y capaces. Debemos asumir colectivamente el paso de “que me arreglen el parque” al “vamos a arreglar el parque”, y reconocer que el emprendimiento puede estar en todas partes, y que a las personas emprendedoras les corresponde el liderazgo de la sociedad. Para las instituciones, el segundo reto será asumir que el emprendimiento no puede restringirse al terreno económico, cultural, político o cívico. No podemos, como señaló Sócrates en su Teeteto a propósito de la educación, “hacer compulsiva la instrucción”, ya que el hombre libre “no debe aprender ninguna disciplina a la manera del esclavo”. Empoderar a los ciudadanos implica, por parte de los mismos y de las instituciones, que serán compartidas las responsabilidades y los poderes. Al igual que no podemos aceptar una derogación de nuestros derechos, tampoco podemos aceptar una derogación de nuestros deberes.

Tres propuestas finales

Estoy acabando. Me queda sólo formular brevemente tres propuestas que, con toda modestia, quería dejar en el aire y sometidas a su consideración. Creo que puede ser un momento adecuado para actuaciones, desde las instituciones, y en pos del futuro desarrollo regional, como las que describo a continuación. Creo que la incipiente recuperación económica, si se consolida, debería aprovecharse para no volver al camino anterior, que ha producido tanto sufrimiento, sino para abrir nuevos caminos basados en valores antiguos: la libertad, la igualdad y la fraternidad.

La primera idea sería adaptarnos mejor a la complejidad incorporando un sistema sofisticado de indicadores para toda la región, al estilo del Estado de Maryland del que hablé antes. Existen sistemas de objetivos y de medición de probada solvencia, como Vital Signs en Canadá, el Better Planet Index de la OECD, el GNH o Producto Nacional de Felicidad del Reino de Bután, y el mencionado GPI (Indicador de Verdadero Progreso). La implantación de un Índice regional de esta naturaleza podría dar origen a un inédito proceso participativo, de empoderamiento y co-responsabilidad, y de alineamiento de fines y medios, que abriría desde Extremadura nuevos escenarios de desarrollo comunitario en Europa. Nuevas formas de medir

podrían permitir diseñar políticas integradoras para personas y organizaciones de personas cada vez más capaces, responsables y felices.

En segundo lugar, me atrevo a proponer la construcción de un Programa Regional de Capacidades que vaya más allá del PIB, y que genere más posibilidades reales de emprender, innovar y crecer de forma sostenible, tanto al nivel local como al regional. Tal programa contaría con la participación del sistema educativo, como uno de los actores relevantes, pero no estaría sometido a sus parámetros habituales, sino al consenso lo más amplio posible de las instancias políticas, socio-económicas y cívicas, y podría para su ejecución apoyarse en el potente tejido asociativo y fundacional extremeño. Podría analizarse, e incluirse en su caso, la creación de un sub-programa de voluntariado social para los desempleados, en colaboración con las asociaciones y las fundaciones, que permitiera integrarlos mejor en las dinámicas de nuestros pueblos y ciudades, y alejarlos de forma temporal, hasta tanto puedan encontrar trabajo, de las consecuencias indeseables de estar “parados”.

Mi última propuesta, destinada a enfrentar especialmente los retos demográficos, sería la creación de un Programa de Captación del Talento Internacional, alineado con las prioridades de la Estrategia regional de Especialización Inteligente. Este programa constituiría una especie de “ERASMUS Mundi”, permitiendo la estancia durante períodos razonables de emprendedores empresariales y sociales provenientes de países emergentes, que pudieran eventualmente considerar Extremadura como su “El Dorado” particular, y hacer una apuesta vital por desarrollar sus capacidades creadoras de riqueza y empleo entre nosotros.

Me siento muy honrado por la paciencia y tolerancia que han demostrado con mis ideas acerca de otros futuros posibles. Un ruego final: mantengamos la convicción colectiva de que la verdad no es una meta, sino un camino, porque las verdades son siempre relativas, e igual de valiosas. “Las verdades sólo son fecundas si están encadenadas entre sí”, opinaba Juvenal. He intentado, con todas mis limitaciones, ofrecerles algunos elementos para encadenar con sus propias ideas. Permítanme desear que esta Asamblea siga siendo siempre un templo de libertad, en el sentido que le dio John Milton: “Por encima de todas las otras libertades, denme la libertad de saber, de expresarme, de discutir libremente según mi conciencia, de seguir firme en la búsqueda de aquello que no conocemos por medio de aquello que ya sabemos.” Gracias por concederme el ejercicio de esta libertad.

Asamblea de Extremadura, Mérida, 28 de febrero de 2014
Alejandro Hernández Renner